

EL OPTIMO DEMOGRAFICO

SUMARIO: 1) Existencia e idea general del óptimo demográfico.—2) Variedad de criterios en la materia, por razón de los valores respecto de los cuales se juzga del óptimo demográfico.—3) El óptimo demográfico económico.—4) El óptimo como hipótesis de trabajo.—5) Valoración ética del óptimo demográfico. Lamentable abuso por parte de muchos autores para fines malthusianos. Las razones económicas no pueden decidir respecto de otros valores de categoría superior.—6) El óptimo demográfico-cristiano. Debe asegurar una vida plenamente moral y la difusión más amplia posible de la existencia. Parece que en la actual providencia no puede prescindirse del aspecto cuantitativo de la mayor población posible, en condiciones de dignidad humana, para la fijación del óptimo demográfico.

Hace algunos años se está agitando mucho en la ciencia demográfica la teoría acerca del óptimo de la población, o sea del número de habitantes más conveniente, no en el plano mundial en el que hoy no se plantea, sino en el plano regional o nacional. Las discusiones han adquirido a veces caracteres de violencia, pues esta teoría fácilmente se prestaba al combate. Es un arma de doble filo, que puede ser invocada tanto por los poblacionistas como por sus adversarios, aunque de ella han querido aprovecharse sobre todo, para dar un tinte científico a sus pretensiones, los partidarios de la restricción de la natalidad.

1. *Existencia del óptimo demográfico.*—En general, se admite la existencia teórica de un óptimo de la población. Este óptimo parece consistir en la cifra de la población de una región o de un país determinado que permita que esta población pueda llevar una vida decente y verdaderamente humana, dado el conjunto de los recursos de que pueda disponer.

Las políticas nacionales que estimulan con medidas adecuadas el desarrollo de la población suponen que sus políticos piensan que la población no ha llegado a su óptimo. Las políticas restrictivas de la población suponen que los políticos piensan que ha sobrepasado ya aquel óptimo. Las mismas nociones de superpoblación y de subpoblación, tan difíciles de precisar, suponen también la noción del óptimo demográfico. De lo contrario, ¿respecto de qué cifra se dice que hay superpoblación o subpoblación?

Es evidente que se da un óptimo de población en cada nación. Ello aparece si comparamos los extremos. Todo el mundo dirá que Francia, dado el desarrollo económico y técnico actual, con 30 millones de habitantes

estaría subpoblada y con 200 millones estaría superpoblada. España con 10 millones estaría subpoblada y con 100 millones superpoblada. Si en Inglaterra tuviesen que vivir solamente 100 hombres, por sabios que fuesen, no podrían explotar ni ferrocarriles ni altos hornos, etc. y quedarían condenados a la artesanía y a llevar un nivel de existencia muy débil; pero si 200 ó 500 millones de habitantes tuviesen que refugiarse en el mismo territorio, tendrían que cultivar tierras muy pobres y el nivel de existencia también sería muy débil; todo ello dado el desarrollo moderno. Entre los dos extremos se han de encontrar posiciones intermedias; la más favorable de todas es la del óptimo demográfico.

Existiría, pues, para cada país y en cada época un nivel óptimo de población; todo aumento de población que no hubiese alcanzado este nivel mejoraría la situación, a medida que a él se acercase; todo aumento de población que sobrepasase este nivel empeoraría la situación.

Aunque se pueden dar casos claros en que se ve en seguida si la población está por debajo o por encima de su óptimo, con todo no se crea que sea fácil determinar este óptimo. Dice A. Demanger: «Cuando se trata de definir con exactitud en qué consiste y cómo se manifiesta la superpoblación, nadie está de acuerdo. La razón principal consiste en que, según los tipos de civilización material y de organización económica y social, la palabra no corresponde al mismo contenido» (Cfr. *La question du surpeuplement*, pág. 35).

Así no es de maravillar que haya economistas conocidos, como Cannan, Robbins, Dalton y Röpke, que reconocen la imposibilidad de determinar prácticamente la cifra óptima de población. Por eso sus esfuerzos se aplican solamente al problema teórico, se esfuerzan por estudiar científicamente los diferentes aspectos de la teoría, los criterios y las variaciones de la cifra óptima, etc. Otros son menos cuidadosos de las necesidades científicas y piensan sobre todo en la aplicación práctica de la teoría, sobre todo por medio de la política. Por eso otros economistas y demógrafos, como Beveridge, Dupréel y Gini, aunque no atacan la existencia teórica de un óptimo de población, protestan simplemente contra la pretensión de deducir de esta teoría una política demográfica, pues afirman estos autores que el estudio teórico de las relaciones demo-económicas y el estudio en estas relaciones de los principios de política demográfica no están en el mismo plano y hay cierta incompatibilidad entre los dos.

Esta noción es vaga, es antigua y se encuentra de una manera general en todos los autores que han admitido la posibilidad de una superpoblación, cualquiera sea el criterio que se use para determinarla. Ni tampoco es de extrañar que se busquen aplicaciones prácticas de la teoría del óptimo de población, porque lo óptimo es buscado en todas partes, por ejemplo, en la dimensión de un navío, en la duración de una película, en la edad de los hombres de Estado, en la temperatura de una sala; implica la idea de limitación, de un justo medio. No hay que confundir lo óptimo con lo máximo, pues ambas nociones pueden no coincidir; así el asalariado no busca

el salario óptimo, sino el salario más elevado posible; pero si se le demuestra que la búsqueda del alto salario se opone a otro objetivo, por ejemplo, a la seguridad del empleo, llegará a una noción del salario óptimo, que no será el salario más elevado posible. Asimismo la población óptima no hay que confundirla con la población máxima. La óptima sería la que aseguraría de la manera más satisfactoria posible la realización de un objetivo determinado.

2. *Variación de criterios en la teoría del óptimo demográfico.*—Existe el óptimo demográfico; el esfuerzo por precisarlo se orienta hacia repercusiones y aplicaciones prácticas, aunque todo ello es muy difícil de precisar. Pero la dificultad crece más todavía cuando se piensa en los fines y en los criterios que se adoptan para juzgar acerca de la cifra óptima de la población. En efecto, el óptimo no se puede dar sino con relación a un fin. Las sociedades pueden seguir ideales muy variados, lo cual entraña lógicamente la existencia de posiciones diferentes de la población óptima. A cada fin pueden corresponder óptimos demográficos distintos. Esta noción comenzó a agitarse en el Congreso Mundial de la Población de Ginebra, en 1927; algunos demógrafos ya indicaron que el óptimo de la población se podía buscar con relación a múltiples fines, sin enumerarlos; se habló del pleno desarrollo moral, intelectual y físico de los hombres.

Dice Leon Buquet: «La cifra de la población puede apreciarse respecto de múltiples valores y el término de óptimo de población es susceptible de ser entendido en tantos sentidos particulares cuanto existen valores interesados por las variaciones del número de los hombres. Se puede desear una población más numerosa o, por lo contrario, menos densa, colocándose desde puntos de vista tan diferentes como los de la longevidad, la salud pública, el poder militar, etc. Se han proferido a veces juicios sobre el número de los hombres partiendo de consideraciones religiosas, morales o estéticas. El óptimo económico de población sólo tiene en cuenta un solo aspecto: el de los fines económicos. Corresponde a la densidad de población que da la producción más elevada, el nivel de vida más alto, la renta máxima por habitante o toda otra ventaja económica que se desea retener. Cada óptimo particular designa el estado de población mejor adaptado a la realización de un fin elegido entre otros» (Cfr. *L'Optimum de Population*, pág. 11).

Estamos, pues, en un dominio en que se enfrentan no sólo las diferentes concepciones del mundo y las teorías morales, sino también los estilos de vida, los gustos y los juicios personales. Se trata esencialmente de una cuestión de doctrina, inspirada en un ideal y en una norma.

Por eso se han dado numerosas definiciones acerca del óptimo de población, y no hay que maravillarse, puesto que esta noción implica por su naturaleza la elección de un término de referencia, con relación al cual una cierta cantidad de población es juzgada preferible a toda otra. Como son múltiples los puntos de vista que solicitan la atención de los autores, las elecciones que se hacen ofrecen necesariamente una diversidad bastante grande.

El citado autor dice que por eso se podría intentar la síntesis de todos los diversos puntos de vista y definir un *optimum optimorum*, que sería el estado de la población más compatible con el desarrollo de los diferentes valores reconocidos como tales por el grupo social. Supondría una difícil conciliación con los óptimos relativos. La solución definitiva depende necesariamente de un juicio de valor y la cifra finalmente aceptada se encuentra ligada a preferencias personales de los que tendrían que tomar la decisión (id., pág. 12).

3. *El óptimo demográfico económico.*—Generalmente se atiende al factor económico cuando se habla del óptimo demográfico, es decir, se atiende a la riqueza, al bienestar de los individuos, a un cierto número de satisfacciones cuyo conjunto constituye el objeto de la ciencia económica. Los neomaltusianos sobre todo se han esforzado por identificar el óptimo general de la población con el óptimo económico, subordinando así todos los valores humanos a la prosecución exclusiva del bienestar económico. En dicho Congreso Mundial de la Población ya se sostuvo esta tesis con mucha fuerza, llegando al colmo la confusión entre el plano científico y el plano normativo; para la mayor parte de los asistentes el óptimo de la población se situaba donde se encontraba el máximo de bienestar individual medio. El criterio de bienestar es el que tuvo más adhesiones, ya que la aspiración al bienestar, según se decía, es la más general de las aspiraciones humanas y la más constante. Dupréel tuvo que denunciar el abuso hecho de la cualificación científica con que se presentaba esta preferencia, diciendo que había que distinguir cuidadosamente entre lo que era problema de medios y lo que era problema de fines.

Así, teniendo en cuenta los objetivos solamente económicos, se puede discurrir cuál sería para un país y en una época el volumen de población en el que los habitantes podrían gozar con la satisfacción más amplia de las necesidades económicas. Se podría atender al enriquecimiento y a la velocidad del aumento de la riqueza; si se admite que la felicidad depende menos de la riqueza que del acrecentamiento de esta riqueza en el tiempo, se llega a buscar cuál es, para una población, el efectivo que corresponde al acrecentamiento más rápido posible de la riqueza.

Pero aun sólo desde el punto de vista económico esta noción es compleja, ambigua y extraordinariamente difícil. El resultado económico de una densidad de la población se puede medir por la productividad del trabajo, por la renta real por habitante, por el nivel de vida, por el nivel de empleo, o sea la población óptima según la cual se puede emplear a todas las personas en edad o en estado de trabajar. Se puede considerar la población óptima como la que puede asegurar una mejor salud a los habitantes o una mayor longevidad, objetivos que no se identifican necesariamente con la riqueza, sobre todo en las sociedades evolucionadas. Además lo que se llama óptimo demográfico económico depende de las condiciones económicas, políticas y sociales en las que vive una población determinada; de las necesidades que mira como esenciales en materia de alimentación, de vestido, de vi-

vienda, de descanso, de cultura; de los recursos naturales de que esta sociedad dispone; de las posibilidades que tiene o puede tener para explotárselas; de los complementos que puede recibir de otros.

Fairchild, de la Universidad de New-York, en dicho Congreso de la Población sostuvo que el óptimo no corresponde al número de los hombres que podrían alcanzar el máximo de bienestar, pues se sabe que en cada instante esta cantidad se desplaza con las modificaciones de las condiciones económicas, lo que hace ilusoria toda pretensión de realizarla constantemente. Para él la única concepción objetiva, y por consiguiente científica, es la de una condición existente, es decir, que el óptimo de población se ha de fijar para siempre en un nivel que permita la generalización de un género de vida ya existente y juzgado suficientemente. Pero en la discusión que se siguió a su exposición hubo numerosas intervenciones y se propusieron definiciones variadas acerca del óptimo de la población. Para algunos este óptimo era el que aseguraba la mayor felicidad posible al mayor número posible; para otros la cantidad de población que da el rendimiento máximo de la energía humana; para otros la que permite el desarrollo completo del mayor número de gentes; para otros la que asegura el bienestar fisiológico más elevado, es decir, la duración media de la vida más elevada.

Ni tampoco se puede desligar de la satisfacción de las necesidades económicas la noción de felicidad. Ahora bien, a la felicidad no sólo contribuye la riqueza, sino también la moral, la religión, la libertad, la cultura, la sanidad. El bienestar tiene un carácter subjetivo y las recetas individuales no pueden consistir en un único tipo, como, por ejemplo, en el confort en la acepción norteamericana. La felicidad humana es una noción demasiado subjetiva y demasiado fugaz para que se pueda poner en fórmulas. Se diría que el Extremo Oriente con su bajo nivel de vida ha sobrepasado ya su nivel óptimo de población; no obstante, la población continúa allí aumentando y el individuo conserva una vida religiosa, familiar y social muy intensa que hace que la vida sea soportable y aun a veces feliz.

Así no es de extrañar que, aun desde el punto de vista puramente económico, haya habido economistas de fama internacional que han puesto de relieve la indeterminación del óptimo demográfico. Gini admite que desde el punto de vista puramente económico se puede admitir la existencia de varios óptimos, correspondientes cada uno a una cierta condición de la economía. El óptimo económico podría no coincidir, dada una población real, con el óptimo de bienestar, que considera además de la subsistencia física las necesidades psíquicas; podría no representar el óptimo nacional, por la necesidad de tener en cuenta elementos extraeconómicos que tienen valor para las generaciones futuras y en las relaciones con los otros países; podría estar en contraste con el óptimo internacional de la población.

Algunos proponen el óptimo de la población como la meta a la que ha de llegar toda colectividad que marcha hacia el progreso económico y que tal tiene que ser el objetivo de la política económica. Pero esta meta da lugar a contraste de pareceres. Antes los economistas consideraban como óp-

tima aquella población que por sus dimensiones asegurase, dados los recursos del país y de la técnica, el máximo bienestar de cada uno, medido en términos de renta. Pero hoy no se tiene como menos importante la preocupación por el nivel de ocupación. Como la amplitud de la población compatible con el máximo de bienestar no coincide con la amplitud de la población que crea el máximo de ocupación, surge el problema de conciliar los dos óptimos.

El mundo occidental afirma que es preferible tener una población menos numerosa, pero más fuerte, que no una población numerosa, pero debilitada por un régimen alimenticio deficiente o insuficiente. En cambio, el mundo asiático no participa de estas preferencias por una población tal que permita el máximo de renta por cabeza; allí prevalece la idea de que el progreso se realiza con el aumento del rendimiento por unidad de terreno. Los soviéticos tampoco admiten la noción occidental de óptimo de la población. En las Naciones Unidas y en otras reuniones internacionales los representantes soviéticos han condenado toda forma de malthusianismo, toda intención restrictiva en materia de natalidad, diciendo que con el progreso técnico y una organización social adecuada cualquier país está en condiciones de hacer frente a todo desarrollo demográfico, lo cual conduce a rechazar el concepto mismo de población óptima.

4. *El óptimo como hipótesis de trabajo.*—Con todo, nada impide que el economista pueda tomar como hipótesis de trabajo la noción del óptimo demográfico económico. Definiendo este óptimo, uno se puede proponer simplemente obtener un concepto útil para el análisis de los fenómenos económicos o demo-económicos. En este caso, para que una fórmula sea aceptable, basta que sea coherente y no contradictoria y que pueda servir de instrumento de análisis a los estadistas y a los teóricos.

En este sentido son muchos los estudios realizados a base de esta noción. Dado que el fin de la actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas, la cual se procura directa o indirectamente por la renta, el nivel óptimo de población sería el que procurara una mayor renta. Este criterio no deja de ser complicado, como ya hemos insinuado; los autores discuten mucho sobre ello. Esta discusión es incumbencia de los análisis teóricos de los economistas.

Si el análisis no permite directamente determinar la posición del nivel óptimo de la población, se puede calcular por qué mecanismos la sociedad se acerca a él. Así se podrá comprobar cómo un crecimiento demográfico a veces puede entrañar felices resultados, pues puede actuar sobre la demanda que provoca, sobre la organización del trabajo de la que puede mejorar la eficacia, sobre las transferencias de trabajo y de capital; en otras circunstancias el análisis comprobará que el excedente de nacimientos puede alejar del óptimo.

La relación entre movimiento demográfico y el desarrollo económico está en el centro del problema de la población, cuando éste se considera bajo el aspecto económico. Desde un punto de vista general, el proceder armónico del movimiento demográfico y del desarrollo económico repre-

senta el ideal principal de la solución del problema. En algunas regiones existe un desequilibrio entre la disminución de la mortalidad por el progreso médico y sanitario y el desarrollo económico. Se habla con frecuencia del óptimo de la población para designar la solución más conveniente de aquella relación.

Se descubre en esta noción una analogía con el procedimiento seguido para indagar el criterio más conveniente para combinar los factores productivos en el ámbito de la empresa. Aplicando a un factor existente en cantidad fija dosis variables de otros factores, se pueden tener varias dimensiones de la unidad productiva, entre las que hay que escoger la más conveniente. La posición mínima es aquella por debajo de la cual no es técnicamente posible ni conducir la producción. En el otro extremo está la posición máxima, que resulta del empleo de una cantidad de factores complementarios tales que producen el máximo rendimiento del factor fijo. El nivel medio, intermedio entre los dos precedentes, es el que corresponde al más elevado rendimiento global de todos los factores empleados.

Un razonamiento análogo se puede seguir para la población. Hay un mínimo cuantitativo que es condición esencial para cierto disfrute de los recursos que permita sobrevivir a la población. Se tendrá una dimensión máxima cuando hay una cantidad de personas que, dado un cierto nivel de renta productiva, llegan a sobrevivir con un tenor de vida correspondiente a un mínimo de existencia. El óptimo se da cuando la población goza del máximo nivel de bienestar que, para fines prácticos, se puede considerar como equivalente a la máxima renta real por habitante: si el número de personas supera aquella grandeza, hay superpoblación; hay subpoblación, si es inferior a ella. En todo caso, la renta real por habitante es menor de la que se tiene cuando la población no ha alcanzado su nivel óptimo.

Vito considera que esta noción de óptimo de población es valedera indudablemente como instrumento de análisis científico, para iluminar algunos aspectos de los fenómenos demográficos, a semejanza del óptimo de la empresa, en cuanto mira a los procedimientos de reducción del coste de producción, especialmente por medio de la sustitución de un factor por otro. Pero añade que al afirmarse que la disminución de la renta real por habitante es indicio de que la producción no va al paso del desarrollo económico, y que por eso la población ha sobrepasado su óptimo, se presupone la constancia de todos los factores de que depende el volumen de la renta, la cual suposición es manifiestamente inverosímil. En todo caso, afirma Vito que la formulación del óptimo demográfico económico es bastante limitada y que en materia demográfica su empleo es peligroso. (Cfr. Revista «Operare». *Movimiento demografico e sviluppo economico*. Septiembre-octubre, 1954, pág. 276.)

Mientras el economista en este análisis se quede en su terreno, no hay dificultad. El puede precisar en qué nivel de población se puede alcanzar un mayor bienestar, una mayor renta, un mejor rendimiento de los medios disponibles, sin proponer por ello que se haya de alcanzar tal nivel. Decir, por

ejemplo, que 200 millones de indios en la India vivirían mejor materialmente que los 350 millones que existen en ella, si es que se puede probar, no significa que los 150 millones restantes tengan que ser pasados por las armas. El óptimo puede ser solamente un simple jalón, un punto, una señal o un hito que precisa una posición.

5. *Valoración ética del óptimo demográfico.*—Desgraciadamente, algunos autores han utilizado este concepto para fines malthusianos, suponiendo a menudo que los países que estudian se encuentran por encima del óptimo de población. De hecho la teoría la convierten en instrumento de defensa de privilegios. Así dice el mismo Fairchild, ya citado: «Cuando llega este caso, cuando la renta por habitante y el bienestar económico disminuyen, los Estados deben cerrar la puerta de la inmigración, con mayor razón a los elementos indeseables; deben evitar que la natalidad supere a la mortalidad favoreciendo las doctrinas neomalthusianas como política sistemática de población y deben controlar la calidad de los reproductores, aplicando una política cualitativa a la población, inspirada en la eugenesia selectiva.»

Las ideas de Malthus sobreviven así en esta moderna teoría del óptimo de población. Nacida en los países anglosajones y difundida en los últimos decenios ampliamente en los países de civilización occidental, se orienta no pocas veces a enseñar que una población ha de ser de tales dimensiones, teniendo en cuenta el nivel técnico de la economía, que asegure a las riquezas del territorio el mayor rendimiento compatible con el máximo bienestar individual de los componentes; o sea, que la población no sea tan escasa que no se alcance tal rendimiento, ni tan abundante que se aleje de él y tengan que utilizarse así recursos menos convenientes, pues en tal caso el aumento de población sería un obstáculo para un más alto tenor de vida. Por eso algunos teóricos aconsejan a los países que consideran como superpoblados que regulen sus nacimientos para acomodar los recursos a la población, pues de lo contrario, se perpetuaría su tenor de vida miserable.

Ya se ve cuán peligroso y quimérico es pretender regular el desarrollo de la vida y prácticamente la fecundidad de los hogares de modo que se realice el óptimo económico de la población. Se elige el criterio materialista e individualista para establecer las dimensiones de la población; el bienestar que se pretende asegurar con ello no va más allá del bienestar simplemente económico. Ello significa subordinar la existencia humana a una cantidad fija de bienes materiales que confiera el más elevado grado de bienestar a un cierto número de privilegiados, mientras que el orden natural de las cosas exige no sólo incrementar lo más posible la producción de los bienes, sino también mantener el bienestar de todos aquellos que, por efecto de la voluntad procreadora de los padres, reciben del Crador una vida que conservar y perfeccionar para los fines a que va destinada.

La economía política no tiene la llave para decidir sobre las alternativas en que están en juego los fines humanos. El razonamiento económico se detiene en el punto en que la concepción ética de la vida ha sido conscientemente acogida como expresión de los fines hacia los cuales va orientado el

empleo de los medios escasos que están a disposición de la humanidad. En el momento en que lo económico pretende decidir sobre los fines de la vida humana degenera en ética materialista. Decía Cantillon: «El fijar un objetivo de óptimo demográfico es una cuestión moral que no es de mi incumbencia. Los hombres se pueden fijar tal o cual objetivo. Discutir sobre esta elección, sobre estos móviles pertenece a otra disciplina.»

Los principios superiores en materia demográfica se sacan del plan de la creación, que se manifiesta en la vida de todas las criaturas. Se resumen en la perpetuación de la especie y de cuantos la constituyen, en conformidad con la voluntad de vida que es propia de todo ser vivo sano. Así como toda acción dirigida voluntariamente a impedir el aumento demográfico, va contra el orden natural, porque traería consigo el fin de la población, así es arbitrario querer establecer el límite a base de consideraciones económicas. Estas naturalmente tienen su peso, y un peso decisivo donde se trate de disponer del modo más conveniente de los recursos limitados para los fines humanos, y en particular, para el mantenimiento y el desarrollo de la población.

Pero fuera de los criterios económicos para el óptimo demográfico, se pueden tener en cuenta otros fines. Se puede pensar en el óptimo de la población en función de la cultura, que se puede considerar como una forma de la riqueza, pero que en la práctica daría un óptimo demográfico distinto. Se puede pensar en el poder, es decir, en la extensión de los medios que se pueden dirigir a cualquier objetivo colectivo, como el poder militar o el poder político. El Estado puede considerar su óptimo en función de sus relaciones de equilibrio con otros países, y este óptimo no necesariamente habrá de coincidir con el óptimo económico. Las exigencias políticas de un Estado pueden estar en contraste con el máximo bienestar de los individuos. Lo que más interesa a un grupo humano y a una nación es que la mayor parte de sus hijos sea honesta, de fuerte carácter moral, de una educación física y mental elevada, apta para integrarse armónicamente en el todo social; la preocupación única por el confort y el bienestar material se opone sustancialmente a todo eso.

6. *El óptimo demográfico cristiano.*—Para el cristiano el óptimo demográfico se sitúa donde se asegure una vida plenamente moral y la difusión más amplia posible de la existencia en las condiciones humanas.

Leclerq ha dado una fórmula acertada: «Tanto desde el punto de vista familiar como desde el punto de vista social, hay que desear una natalidad sana y abundante, tan abundante como lo puede ser sin dejar de ser sana, medida según las capacidades familiares y sociales de la humanidad. La fecundidad ideal es la fecundidad racional: aquella por la que los hombres ponen en el mundo tantos hijos cuantos sanamente pueden criar.» En consecuencia, si en un país suficientemente provisto de recursos, la salvaguarda integral de las leyes del matrimonio y una difusión más amplia de la vida debiesen, sin comprometer lo esencial, conducir a una baja en el nivel de vida, un cristiano no tendría que dudar en sacrificar éste. Un menor número

de coches de lujo, de aparatos de radio y de televisión, de frigoríficos, una menor prodigalidad en la publicidad, un tono de vida más modesto, son perfectamente aceptables si con ello se tiene una moralidad más elevada y unos miles más de existencias humanas. Esta elección la hacen continuamente miles de familias con la plena conciencia de su deber. ¿Por qué no la podría hacer una nación entera?

Se podría hablar del óptimo de población desde el punto de vista sobrenatural. La última razón de ser del hombre es la gloria de Dios, a la que el hombre está ordenado. ¿Se dará mayor gloria a Dios y se manifestará más la bondad de Dios cuantos más sean los seres humanos que pululen sobre la tierra? Pero resulta que la mayor gloria divina y la mayor bondad de Dios no son cosa de números. La cantidad y la cualidad son heterogéneas. Por eso algunos afirman que en principio la cuestión del número queda sin respuesta. ¿Qué sentido tiene el factor muchedumbre en el momento en que el mismo grado de gloria se puede dar a Dios por uno o por poquísimos individuos humanos? Así sería indiferente que la humanidad se compusiese de cien mil millones de individuos o de pocos millones, con tal que se alcanzase el mismo grado de gloria divina. En vez de introducir una muchedumbre inmensa, como portadora de un determinado grado de gloria divina, se podría pensar en introducir un número restringido de sujetos altamente cualificados, que equivaliesen en méritos a todos los otros.

Pero Dios no nos ha revelado tampoco que con menos hombres se puede alcanzar tanta o mayor gloria divina que con más. Mientras no conste la voluntad divina contraria, el hombre ha de pensar que con más seres humanos mayor gloria se podrá dar a Dios y más se manifestará la bondad divina, siempre que el desarrollo de estas vidas se pueda dar con dignidad y con las condiciones imprescindibles. Además, cuanto mayor sea la cantidad, tanto mayor fundamento hay para que se desarrolle la cualidad.

Por otra parte, el hombre ha de interpretar el plan divino y se ha de disponer a realizarlo con generosidad. Dios ha impuesto positivamente la multiplicación del hombre hasta llenar y dominar la tierra. Del número ya no se puede prescindir en la realización de la gloria divina. Aun admitiendo en principio que Dios hubiera podido alcanzar el mismo grado de gloria con pocos sujetos más cualificados sobrenaturalmente, de hecho ha querido que el número fuese uno de los factores de que depende el modo propio con que el plan divino se ha de realizar. Dios ha impreso a los dos sexos una energía generadora, circunscrita y defendida mediante la ley moral. Esta energía, contenida dentro de la ley moral, debería encender tantas vidas cuantas fuesen las queridas por Dios, realizando espontáneamente el volumen de la multiplicación humana pedido por la modalidad del plan divino. Así, desde el punto de vista sobrenatural, el óptimo de población, en cuanto está al alcance del conocimiento del hombre, consistirá en la mayor población posible, siempre que se le pueda asegurar el conjunto de las condiciones requeridas.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.